

RESEÑAS

THE REVELATION OF POLITICS IN THE FILM

“I’M NOT HERE
ANymore”

Recibido: agosto 3 de 2020

Aprobado: agosto 19 de 2020

LA REVELACIÓN
DE LA POLÍTICA EN EL FILME

*YA NO
ESTOY AQUÍ*

ERNESTO ERMAR CORONEL PEREYRA

RESUMEN

El propósito de este texto es retomar a la película *Ya no estoy aquí* como ejemplo explicativo para apuntar cómo la ficción del cine, entendida como un aspecto de representación de la realidad, tiene un potencial sensible y explicativo que se vuelve político cuando participa en la transformación de visiones del mundo a través de la demostración de lo invisible, representado en las imágenes de la marginalidad y lo excluido; que finalmente son aspectos de la realidad que el cine construye como analogía del mundo real.

Palabras clave: política, cine, visibilidades.

ABSTRACT

The purpose of this text is to take the film “I’m not here anymore” as an explanatory example to point out how film fiction, understood as an aspect of representation of reality, has a sensitive and explanatory potential that becomes political when it participates in the transformation of world views through the demonstration of the invisible represented in the images of marginality and the excluded, which are finally aspects of reality that the cinema constructs as an analogy of the real world.

Keywords: politics, cinema, visibilities.

ERNESTO ERMAR CORONEL PEREYRA

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública y maestro en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ambos grados con mención honorífica. Estudiante del doctorado en Ciencia Política por la misma institución. Su línea de investigación va sobre la relación arte y política en el cine y la fotografía abordando, principalmente, temas de inmigración ilegal y trata de personas. Ha publicado en libros editados por la UNAM. Ha sido ponente en congresos nacionales e internacionales.

Ya no estoy aquí es una película mexicana del director Fernando Frías de la Parra, estrenada en 2019. Este filme cuenta la historia de Ulises Samperio, un joven mexicano de 17 años que, tras un malentendido con miembros de un cártel local, se ve obligado a emigrar a Estados Unidos dejando atrás lo que más le define: su pandilla, el baile y las fiestas que son su pasión. Esta ficción cinematográfica muestra a este chico haciendo todo lo posible para adaptarse a un nuevo país, aunque pronto se da cuenta de que prefiriere regresar a su casa en Monterrey con su familia y amigos, antes que afrontar la soledad en un país en el que es extranjero y le resulta ajeno a su cultura.

La perspectiva que presenta la película sobre la sociedad de Monterrey y Estados Unidos es poco común, ya que nos lleva a un viaje por los lugares marginados en los que habitan seres excluidos y olvidados en las cuentas de los gobiernos, lo cual da a la cinta la posibilidad de ser considerada como política; no porque su contenido sea propagandístico, activista o incitador a la lucha transformadora, sino porque tiene un poder revelador que le permite colocar a los *incontados* en un espacio de visibilidad, lo cual posibilita la discusión acerca de la condición de exclusión económica y social de personas que no entran en las consideraciones de la administración gubernamental.

El cine nos cuenta historias ficcionales a través de películas que son representaciones de aspectos de la realidad, análogos al mundo real. En el filme la ficción es una forma de narrar cómo las cosas pueden ocurrir tomando en cuenta el orden de lo posible, lo que se define por relaciones de necesidad o de verosimilitud que abren un lugar para la aparición de lo político. En el fondo, la política y el cine tienen en común ser formas que conjuntan varias ra-

cionalidades, son maneras en las que las palabras y personas se congregan para hacerle significar algo y dar intensidad, potencia sensible y explicativa a un asunto o una película.

Lo político en un filme nace de esta relación entre cine y política, la cual no consiste en cambiar las cosas del mundo ni tampoco en transformarlas, ya que:

ninguna combinación permitirá jamás determinar los criterios que separan en el cine lo que es arte y lo que no es arte, ni tampoco decidir el mensaje político que contiene una disposición de los cuerpos en un plano o un encadenamiento de dos planos. (Ranciére, 2012, p. 13).

El cine en sí mismo no deja de cambiar y participar en la transformación de visiones del mundo de forma modesta.

En una película puede haber confrontación entre lógicas, en las que personajes a veces toman la palabra sin hablar, para posicionarse apoyándose en lo visual y lo sonoro, como un excluido que demuestra su condición desde su lugar de enunciación. Con lo que las imágenes en movimiento inscriben en sus narrativas a los *incontados* como un exceso sensible llamado demostración, que puede incluir la denuncia del orden existente sin considerar este suplemento como algo que llegará a ser una revolución.

La política puede irrumpir en la narrativa de una película, pero también en el uso de los recursos técnicos, como los movimientos de cámara que encuadran gestos y miradas. Esta potencia política no es un fin, sino un medio para activar el pensamiento emancipado de los espectadores; no nos dice qué debemos hacer para cambiar la realidad que nos muestra en las imágenes, mediante las cuales evidencia una parte del entorno, su límite



El cine en
sí mismo
no deja de
cambiar”.

es solamente incitar al pensamiento. Esta política que atraviesa y se desarrolla en el cine no tiene relación alguna con motivar, animar o fundamentar una acción colectiva.

Por el contrario, surge en cualquier película en la que haya una expresión de una situación del habla en su modalidad de desacuerdo, la cual evidencia una repartición, redistribución o configuración de lo sensible representada en el filme. Por ello, esta política es una potencia que tiene un carácter contingente, radical y revelador que exhibe un quebrantamiento de la normalidad en la narrativa de la película, formas que finalmente son aspectos de la realidad que el filme construye como analogía del mundo real.

La política de una película está en su potencia para dar visibilidad a lo invisible y atención a lo indiferente, este poder es la evidencia de una repartición de lo sensible, donde se muestran los daños y afectaciones sobre las partes, dando la palabra a lo que no lo tenía y presentando en la pantalla esa modalidad de disputa entendida desde Jacques Rancière como desacuerdo (Rancière, 2010). Idea que se constituye como un filtro de interpretación teórica que nos ayuda a analizar una noción espe-



Amuleto 6

cífica de política, ésa que vuelve polémico ese aspecto de representación de realidad que estamos viendo en la película a partir de un daño presentado como perjuicio, un desacuerdo dentro del universo construido dentro del filme del que emana una pa-



labra que pone en cuestión la distribución de lo sensible y el lugar que ocupan los excluidos en ese reparto.

La política expuesta por Jacques Rancière, entendida como la aparición del desacuerdo a partir de un perjuicio, se define

como la disputa por la palabra para evidenciar una división de lo sensible y proponer una posible reconfiguración de ese orden jerárquico, expresión de transgresión que tiene lugar también en la propuesta artística cinematográfica. Esta política nos lleva a



La política expuesta por Jacques Rancière, entendida como la aparición del desacuerdo a partir de un perjuicio, se define como la disputa por la palabra para evidenciar una división de lo sensible”.

pensar en el ámbito público, no necesariamente en esos espacios donde tienen lugar las luchas por el poder entre los partidos políticos, grupos de presión e instituciones formales del Gobierno y el Estado, sino en todas esas actividades de cooperación dentro de la sociedad que organizan el uso, la producción y la distribución de los recursos materiales, inmateriales y naturales que permiten el transcurso de la creación y reproducción de la vida social y biológica de cada integrante de la comunidad.

Es así como la política del cine visibiliza todos esos detalles que dan cuenta de la distribución del poder, los mecanismos de quiénes cuentan y quiénes no al momento de tomar las decisiones, la jerarquía en la estructura de la organización social, la cultura y hasta la ideología en los grupos que integran a la sociedad. No hay que olvidar que en la política lo que está en disputa es lo sensible, tanto en el cuestionamiento de su división como en las propuestas de su reconfiguración. Por lo que es importante recordar que lo sensible está constituido por todos los recursos, como lo son el ingreso económico y el acceso a los derechos, que son vitales para la vida en comunidad.

Un ejemplo de esa operación de visibilidad de esta política del cine está precisamente en la película *Ya no estoy aquí*, la cual evidencia la división de lo sensible en un territorio en algún lugar de Monterrey, México. Donde el aspecto de realidad que se representa es la vida de un personaje, Ulises Samperio, quien dirige a una banda

perteneciente a la cultura kolombia-regia, quienes habitan en la periferia de la ciudad, específicamente en un asentamiento irregular, un lugar donde sus habitantes construyeron sus casas de acuerdo con sus necesidades y posibilidades.

En este territorio urbano de marginados florecen diversas manifestaciones culturales que crean lazos de pertenencia y arraigo a través de las maneras de vestir, la música, las fiestas, la convivencia y los rituales de solidaridad entre sujetos que ocupan un lugar de menosprecio y discriminación en la división de lo sensible. A raíz de un malentendido en su barrio, Ulises Samperio se ve obligado a huir a la ciudad de Nueva York, EUA, para evitar la situación de riesgo de muerte en la que estaba él y su familia. Llama la atención que fuera de su territorio, Ulises experimenta situaciones de discriminación a causa de su apariencia, lo que le hace vivir constantes sentimientos de añoranza frente a su lugar de origen y de todas las cosas que construyen su identidad.

La potencia política de este filme está en ese eco que sacude y pone a pensar en que el reconocimiento, la tolerancia y la aceptación social están definidos por el lugar que se ocupa en la división de lo sensible, que muchas veces marca el tipo de ingreso económico al que se aspira, el acceso a la educación, a la vivienda, el grado de estatus social que limita o expande las posibilidades de acceder a las actividades productivas. Muestra el papel de los *incon-*

tados en la sociedad, su lugar de exclusión y es la prueba de que no todos están incluidos en el acceso a los derechos civiles, políticos y sociales. Tema que reafirma que el centro de la política es la disputa por la palabra para visibilizar las actividades de distribución de recursos económicos y derechos que organizan la vida social y biológica.

Es de esta manera que la película *Ya no estoy aquí* se vuelve un testimonio que visibiliza a las llamadas subculturas, como la que representa Ulises Samperio, para escuchar, entre música, grafitis y edificios abandonados, un reclamo por la reivindicación de un mundo que merece atención y un alto a la discriminación frente a aquellas personas que viven en barrios humildes y tienen una cultura considerada inferior por aquellos que tienen mayor acceso y participación en la división de lo sensible. Es importante señalar que la política del cine no es exclusiva de ninguna temática ni género cinematográfico, es suficiente que en cualquier filme se represente una situación del habla en su modalidad de desacuerdo que ponga en cuestión la división de lo sensible e invite a pensar en su reconfiguración para que sea considerada política.

La revelación de la política en el filme *Ya no estoy aquí* es evidenciar que una de las posibilidades del cine es filmar un acontecimiento realista con recursos artísticos de la cinematografía (formas fílmicas), que en potencia podría abrir el desacuerdo, siendo que su impacto producir discusión política, donde ésta no se entiende como ejercicio o relaciones de poder. La política como la concibe Rancière es el ejercicio de la palabra que genera el debate, que no es exclusivo de los poderes instituidos del Estado, sino que este ejercicio del habla pasa

por el arte, que en el cine atraviesa poniendo en discusión a la sociedad mediante la redistribución del habla, una forma en que ésta escapa de las instituciones gubernamentales (Rancière, 2011).

La película *Ya no estoy aquí* es evidencia de que el cine tiene la capacidad de inventar sus propiedades y significaciones que dan nueva forma y consistencia a los modos de sentir, haciendo que donde sólo se percibía ruido ahora se escuchen palabras. Una película aunque ficción, tiene la posibilidad de alterar la percepción de lo común y confiere visibilidad a realidades, objetos o sujetos que permanecen ocultos en la invisibilidad, siendo esta capacidad disruptiva una fuerza sísmica y regeneradora lo que constituye la política del cine que inscribe lo nuevo en lo visible, ayuda a pensar y da visibilidad a lo que permanecía excluido, desincorpora lo establecido de la palabra, construye significaciones nuevas y posibles alrededor de las cuales se puede discutir, cuestionar y dialogar lo común.

El cine tiene ese poder de irrupción en su potencia sensible y en la palabra que materializa en imágenes tanto lo representable como lo irrepresentable que también habla sobre el sentido de lo anónimo. Todo es susceptible de ser objeto de la cámara cinematográfica, ya que todo habla y todo expresa, todo cuenta con su propia palabra que coloca un hacer y sentir en su presencia de realidad. Una cosa es lo que se hace con el cine y otra distinta es lo que hace el cine. En el campo de lo que se hace con las películas está la realización de productos que pretenden ser activistas y propagandísticos. Mientras lo que hace el cine es construir un espacio de cuestionamiento y pensamiento sobre



Una cosa es lo que se hace con el cine y otra distinta es lo que hace el cine.”



El cine como arte es una manifestación que revela las múltiples formas de cómo se da forma al mundo y se esculpe en él aquello que podemos ver y lo que podemos pensar”.

lo que pone en cuestión la película, siendo esta la dimensión política del cine para Rancière.

Esta propuesta de Jacques Rancière nos permite pensar y cuestionar las maneras de lo que hacen y lo que no logran las imágenes que construyen el relato de una película. El pensamiento de este filósofo francés no busca ofrecer conocimiento aplicable como doctrina, por el contrario, nos propone aventurarnos en sus presupuestos para abrir un lugar de múltiples interpretaciones y comprensiones que permiten construir cierto movimiento intelectual que lleva a interrogar la mecánica y funcionamiento de un filme (Rancière, 2011).

Entender la relación entre el cine y la política en una película a la luz de Jacques Rancière, es el comienzo de una aventura intelectual que conduce a interrogarnos la relación del filme con la palabra, abriendo horizontes interpretativos en los que recorreremos mundos sensibles donde se da forma y contenido a la revelación de lo oculto, que desplaza a la comprensión de cómo se cierran y abren espacios de lo decible a partir de sobrevolar esa superficie donde la película y la palabra producen sentido al espectador.

Por lo tanto, el cine es estético pero no como parte de la teoría de lo bello, ni tampoco como una crítica de las reglas que definen lo que es arte y lo que no lo es, mucho menos por ser una rama filosófica de las facultades sensibles y reglas correc-

tas de hacer el arte. Desde Rancière una película es estética porque se relaciona con el sentido de los espacios visibles e invisibles, con los lugares de la palabra y de la percepción que nos propone a mirar. Lo estético en un filme está en el cómo se define lo que puede ser visto, escuchado, comprendido y pensado, está ahí en lo que la cámara revela como incomprendible, ruido y sin nombre pero que traza la existencia sensible de los seres y cosas que aparecen en la pantalla.

El cine como arte es una manifestación que revela las múltiples formas de cómo se da forma al mundo y se esculpe en él aquello que podemos ver y lo que podemos pensar. De ahí que una película sea una fábrica de lo sensible que nos hace ver y ser mirados en la pantalla que se construye como un espacio común. Por esta razón, un filme nos puede permitir acceder al descubrimiento de los planos que dan sentido a la organización del mundo que establece los mecanismos que fijan los criterios y los límites que definen lo comunicable, lo nombrable y lo comprensible.

Finalmente, la estética de la película *Ya no estoy aquí* puede hacernos inteligible la jerarquización de los nombres, las categorías y los conceptos que encarnan las palabras que dan significado al mundo por medio del poder de los afectos. La política anima al cine y aparece en esos momentos que hay transformaciones en los sentidos y efectos que tienen las palabras y su reparto en la historia de un filme, introduciendo

el debate sobre la división de lo sensible que organiza espacios y tiempos asignados y organizados bajo un nombre y un lugar específicos.

A partir de Rancière, el contenido político de la película aquí expuesta es la revelación de que en una comunidad no todos pueden hablar, participar o sentir por igual, no todos son nombrados, observados y escuchados. La política en el cine hace que este filme pueda ser objeto de permanente discusión, ya sea por la distribución social que nos presenta o por cómo nos evidencia el orden normal de las cosas que organiza a los individuos en funciones y en roles diferentes. La política en una película es esa efervescencia disruptiva que quebranta el ordenamiento ofrecido en la pantalla.

En fin, la política, el cine y su relación es una apuesta por invitar al espectador a visualizar intervenciones que alteran la distribución de los papeles y los espacios en el seno de la comunidad sensible presentada en un filme. La política no solamente está en las leyes o el poder, es el movimiento de desacuerdo que agita la superficie del mundo para reconfigurarlo. La política del cine son los afectos que nos llevan a descomponer la película para detectar ahí la palabra que reclama un ejercicio intelectual que cuestiona la normalidad y proclama que todos somos iguales en capacidad para entender lo que vemos.

Por esta razón, una pantalla donde se proyecta una película es atravesada por la fuerza de lo impropio, porque su comprensión es de cualquiera y de nadie en particular. La opinión reinscribe, desplaza, rehace y re-habita lo visto ahí por medio de la multiplicidad de interpretaciones, que con voz propia nos conecta con las formas de hacer, ver y evaluar lo que el filme hace visible, pensable, identificable y transformable en el espacio sensible que irrumpe primero en la emoción. Lo anterior para afirmar la belleza y el sentido de lo anónimo que expresa con su palabra, su propio hacer y sentir, cimientos de su efectividad y lo real de la ficción que desborda toda normalidad, como en este caso es lo subversivo revelado en la historia de Ulises y los *incontados* visibilizados en el filme *Ya no estoy aquí*.

REFERENCIAS

- Frías, F. (Dirección). (2019). *Ya no estoy aquí* [Película].
- Rancière, J. (2010). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2011). *El destino de las imágenes*. Madrid: Politopías.
- (2011). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- (2012). *Las distancias del cine*. Madrid: Ellago Ensayo.



La estética de la película *Ya no estoy aquí* puede hacernos inteligible la jerarquización de los nombres, las categorías y los conceptos que encarnan las palabras que dan significado al mundo por medio del poder de los afectos”.